

POR RODRIGO PINTO

LIBROS

Una cuestión de diferencias

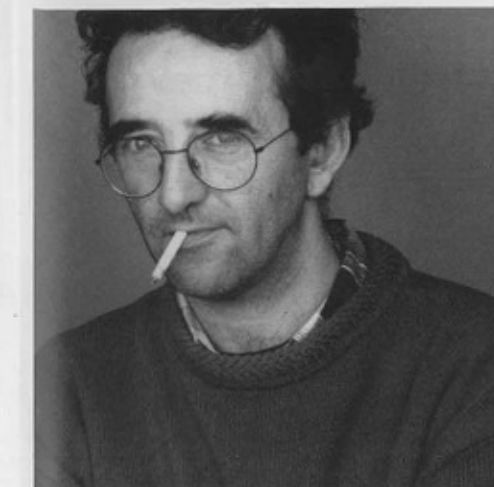
Los detectives salvajes, de Roberto Bolaño, fue elegida por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura como la mejor novela chilena publicada en 1998. Cualquiera estará de acuerdo en que se trata de una decisión justificada, vistos los antecedentes que la precedieron: ganadora del Premio Herralde en 1998 y del Premio Rómulo Gallegos en 1999, que han obtenido antes, entre otros, Javier Marías y Gabriel García Márquez. A la vez, la reopción de la crítica ha sido casi unánime; esta novela ha sido catalogada no sólo como la mejor novela chilena de 1998, sino una de las mejores publicadas en todo el ámbito de habla hispana. Pero, a raíz de lo sucedido durante la visita de Bolaño a Chile, no estaba claro lo que pudiera pasar con Los detectives salvajes.

A propósito de ella, escribí en esta misma columna, el año pasado, que "Bolaño ha elaborado una propuesta compleja y múltiple, que, nuevamente, reinventa el arte de escribir novelas y remite el sentido de la escritura". Ha dejado de hablarse del fin de la novela, como si se hizo en otras etapas de la narrativa del siglo y se subentendía que el género goza de impecable salud. Han quedado atrás también, en general, los afanes experimentales. La complicidad con el esquivo lector se busca a través de fórmulas clásicas, mejor o peor escritas, pero con un aire de complicidad manifiesto: la le-

rea es seducir al lector, no complicarlo.

Quedan fuera de esta corriente opciones narrativas que se definen como escritas desde el borde, pero que, por lo mismo, nunca han aspirado al favor de los lectores. Quede claro que estoy hablando de la narrativa en idioma español, no de la chilena. En este sentido, el conjunto de la obra de Roberto Bolaño, y especialmente Los detectives salvajes, se inscribe en la dirección opuesta. Bolaño, como Cortázar, le escribe a un lector exigente, dispuesto a definir su complicidad con el autor no por las facilidades que éste le brinda para consumir un producto sino por las dificultades que le plantea para disfrutarlo, y todo ello sin definirse de manera excluyente como un autor para las élites.

Bolaño, lo reitero, está llevando a cabo el mayor intento de formulación de una nueva manera de entender la escritura de novelas. En ello lo acompañan otros autores, por cierto, pero ninguno en Chile. Es obvio que se trata, como se diría en el fútbol, de un jugador que participa en otras ligas. Dado que es así, cosa que él tiene muy clara, podría haber tomado el camino de la falsa humildad o la hipocresía tan cara por estas latitudes y, tras el Rómulo Gallegos, haber pronunciado frases como "recibo este premio en nombre de toda la narrativa chilena", o "este premio no me pertenece a mí, sino a toda mi generación, que está cambiando el mapa de la li-



teratura latinoamericana". Todos hubieran quedado contentos: el gran premiado habría repetido frases para el bronco por las que se puede felicitarlo personalmente y reírse de él a sus espaldas, no se hubiera ganado ningún enemigo público (subrayo: público) y toda la pandilla podría haberse subido cómodamente al carro de la victoria, sacándole lustre y brillo al hecho de compartir al menos la cronología con la estrilla de turno.

En lugar de ello, vino y criticó a los escritores locales, que replicaron con ataques personales. Más aún, al recibir la noticia del premio santiaguino, dijo directamente "soy el mejor de mi generación".

Impardonable, aunque sea cierto, porque no permite el juego habitual de sobarse las espaldas entre colegas que dormine en el medio local, sacudido apenas,

de tanto en tanto, por algún crítico que se solaza en buscarle los tres pies al gato para gloriarse de haber destruido una novela. Quebró el espíritu gremial y corporativo del círculo local.

Sostuvo opiniones de manera franca y decidida. Peor todavía, criticó con nombres y apellidos. Naturalmente, el gremio se sintió tocado, y reaccionó a su manera. Por ello es que la decisión del Consejo Nacional del Libro y la Lectura resulta aún más pertinente, puesto que efectivamente premia al que corresponde sin hacer caso de una rencilla menor que, de todos modos, ha sido saludable. Tanía complacencia puede ser engañadora y uno se expone a terminar creyendo todos los cuentos. Es bueno que alguien se decida a opinar con franqueza y sin lapujos. Ojalá, además, sea contagioso.

CHARLOTTA 304 6540. 26-XI-1999 P. 143

Roberto Bolaño, la turbulencia y la gloria [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Roberto Bolaño, la turbulencia y la gloria [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile